

PROUST Y LA AUTORIDAD

Alejandra Bertucci

UNLP

De las posibles lecturas de Proust quizás las más conocidas sean la de la muerte del autor y la concepción de la lectura. Ambas están relacionadas, cuando se derriba el mito de que el sentido definitivo de una novela, de un poema, etc. es el que el autor le ha dado, se abre el texto al lector y a sus posibles interpretaciones.

Proust es al respecto paradigmático, el lector puede si quiere cambiar hasta el género de los personajes. “El escritor no debe asustarse de que el invertido dé a sus heroínas un rostro masculino. Sólo esta particularidad un poco aberrante permite dar luego a lo que lee toda su generalización”.¹ Pues una vez concluido el texto, éste ya no le pertenece más al autor, ya no puede controlar las posibles lecturas que de él se harán. “Sólo por una costumbre sacada del lenguaje insincero de los prólogos y de las dedicatorias, dice el escritor: “Lector mío”. En realidad, cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra del escritor no es más que una especie de instrumento óptico que ofrece al lector para permitirle discernir lo que, sin ese libro, no hubiera podido ver en sí mismo”.²

La concepción proustiana de la lectura que cuestiona la autoridad del autor es muy conocida en función de los estudios de la estética de la recepción de los últimos años. Sin embargo me gustaría concentrarme en ella desde otra perspectiva. El propósito del presente trabajo es revisar como este aspecto de la obra de Proust ha sido comprendido desde las nociones de *ironía* de Richard Rorty y *denuncia de las ideologías* de Paul De Man.

En *Contingencia, Ironía y Solidaridad* Richard Rorty presenta a Proust como un crítico exitoso de los sistemas de autoridad, que en su calidad de novelista triunfa donde los filósofos no han podido. Los filósofos a los que Rorty se refiere son: Hegel Nietzsche, Heidegger y Derrida.

¹ Proust, M. (1995). *En busca del tiempo perdido*. Tomo 7, *El tiempo recobrado*. Madrid, Alianza Editorial., pág. 263.

² *Ibidem*, pág. 264.

Para describirlos acuña la categoría del “teórico ironista”. Los teóricos ironistas serían aquellos pensadores que se ocupan de una clase particular de libros, unos críticos literarios que se atienen a un único género: *La metafísica*. Entendida en el sentido de Heidegger, o más precisamente en el sentido de Rorty como el conjunto de libros en los que se postula que existe un saber ahistórico, absoluto. Pero el teórico ironista es un crítico hostil, considera que esos libros están equivocados e intenta liberarse de ellos comprendiendo el impulso que lleva a la metafísica, o en otras palabras el impulso que lleva a teorizar.

Para ello, de alguna forma, subsume a esos libros que considera sus predecesores bajo una idea general, hallando una redescipción de ellos, que neutralice su influencia y que al mismo tiempo le permite al “teórico crítico” crearse una identidad a sí mismo. Hegel con el *espíritu absoluto* o Heidegger con la *superación de la metafísica* encontraron una idea general que les permitió redescibir a sus predecesores, redescipción que es equivalente a un liberación de su influencia y a la creación de su propia filosofía.

El propósito del ironista para Rorty no es otro que alcanzar la autonomía, la liberación de la autoridad, la autocreación. Y ahí es donde aparece el problema del teórico ironistas: cómo negar la autoridad de los otros sin convertirse él en la autoridad. La tentación es muy fuerte y la recaída en *la metafísica* inevitable. Los teóricos ironistas creen que su diferencia con los libros anteriores es tan grande que con ellos termina una era y se abre un comienzo radical. Cierran de ese modo la posibilidad de ser redesciptos por los que vienen después. La ilusión dura hasta que algún sucesor afirma que lo único que ha hecho el teórico ironista es extremar los principios que regían a sus predecesores.

Para Rorty, Proust también es un ironista que en su novela *En busca del tiempo perdido* logra liberarse de la autoridad. Claro que la autoridad en este caso no son una serie de libros sino una serie de personas, las que Proust conoció en su vida. Todas las miradas heterónomas de la gente que conocía y que pretendían fijarlo y definirlo son redesciptas por Proust, poniendo en evidencia el carácter contingente de toda mirada.

Rorty remarca que los personajes de Proust no están definidos, no sabemos exactamente como son. Una misma situación se relata desde diversos ángulos, lo que determina que no haya una mirada única, ni siquiera la del autor. Proust logra así crearse a sí mismo sin convertirse en la mirada de la autoridad y sólo al evidenciar el carácter contingente y finito de toda mirada. A Proust por lo tanto, no le afecta la

posibilidad de nuevas miradas en el futuro, de nuevas lecturas o redescripciones que incluyan su obra, así como su obra hizo con Balzac o Saint Simon.

La explicación de Rorty de porqué Proust triunfa allí donde Nietzsche o Heidegger fracasan se centra en su carácter de novelista. En palabras de Rorty “La lección que extraigo así del ejemplo de Proust es la de que las novelas constituyen un medio más seguro que la teoría para expresar el reconocimiento que uno hace de la relatividad y de la contingencia de las figuras de autoridad. Porque las novelas habitualmente se refieren a personas, esto es, realidades que, a diferencia de las ideas generales y de los léxicos últimos se hallan manifiestamente ligados al tiempo, insertas en un tejido de contingencias(...) En cambio los libros que tratan de ideas, aún cuando estén escritos por historicistas como Hegel y Nietzsche, tienen el aspecto de descripciones de relaciones eternas entre objetos eternos”.³

Entiendo que Proust sea un ironista, y que lo sea de mejor modo que los filósofos; también que la razón resida en su calidad de novelista. Pero creo que es, al menos discutible la afirmación de Rorty de que lo que diferencia a una novela de una teoría filosófica sea que una trata de personas contingentes y la otra de ideas. En realidad, la estetización de la filosofía que realiza Rorty, convirtiéndola en un género literario⁴ más lo fuerza a explicar el éxito de Proust en términos del tema literario, en este caso personas concretas.

Más fructífera es, a mi entender, la posición de Paul de Man en *La resistencia a la teoría* para entender esta capacidad de la literatura y el porqué del interés de la filosofía actual en ella. En este ensayo De Man se pregunta porqué la importancia de la teoría literaria radica justamente en la imposibilidad de la definición de lo literario o hablando con propiedad de la literariedad y para ello hace un rastreo histórico hasta el origen del modelo lingüístico que está a la base de los actuales intentos de teorización de lo literario, la clasificación de las artes liberales de la Edad Media en el *Trivium* y el *Quadrivium*

El más familiar y general de los modelos lingüísticos, el clásico *trivium*, que considera a las ciencias del lenguaje compuestas por la gramática, la retórica y la lógica (o la dialéctica) es según De Man “un conjunto de tensiones no resueltas, lo bastante

³ Rorty, R. (1991) *Contingencia, Ironía y Solidaridad*. Barcelona, Paidós, pág. 127.

⁴ No sería difícil trasladar su esquema de predecesores –sucesores a las categorías de la teoría literaria, en el sentido por ejemplo de “la angustia de la influencias” de Bloom o de la noción de “campo” y “proyecto creador” de Bourdieu.

poderoso para haber generado un discurso infinitamente prolongado de frustración sin fin, del que la teoría literaria contemporánea, incluso en su forma más segura de sí, es un capítulo más”.⁵

El problema se extiende a la articulación con el *quadrivium*: que reúne a las ciencias no verbales del número (aritmética), del espacio (geometría), del movimiento (astronomía), y del tiempo (música). La conexión de las 7 artes liberales en la historia de la filosofía se logra a través de la lógica en el marco del modelo matemático de la epistemología del siglo XVII. Si aceptamos el vínculo cuestionable entre la lógica y las ciencias naturales, aún queda el problema de las relaciones internas al *trivium* entre gramática, retórica y lógica.

En principio el modelo funciona porque la gramática es reducida a la lógica,⁶ asegurándole de este modo al lenguaje el conocimiento del mundo; y la retórica es reducida a la gramática, considerándola mero ornamento de la función semántica. Pero en lo literario al colocarse en primer plano la función retórica sobre la gramática y la lógica se trastorna el equilibrio interno del modelo.

En la literatura la función retórica no puede ser reducida a la gramática; porque hay elementos como las figuras o tropos que son gramaticales, pero cuya función semántica no es gramaticalmente definible, ni en sí misma ni en contexto; y que dependen enteramente del acto de lectura para definir su sentido. Con ello el lenguaje se vuelve epistemológicamente sospechoso, centrando la atención sobre sí mismo, sobre su materialidad antes que en la transparencia del mensaje.

Al cuestionar la fiabilidad de la enunciación lingüística las consecuencias desbordan el dominio del *trivium*. Ya no es tan fácil afirmar a priori que el lenguaje funciona según principios que son los del mundo fenomenal o que son como ellos.

Así dirá De Man que la literaridad es “un arma indispensable y poderosa para desenmascarar aberraciones ideológicas”,⁷ entendiendo por ideología la confusión de la realidad lingüística con la natural. Esta resistencia a la teoría de la capa retórica del

⁵ De Man, P. (1990) *La resistencia a la teoría*, Madrid, Visor, pág. 26.

⁶ Afinidad que se a mantenido desde el comienzo por ejemplo por los gramáticos de Port- Royal en la tradición lingüística cartesiana. O aún hoy, en la corriente semiológica los teóricos recaen en la pretensión de universalidad que la lógica comparte con la ciencia. “Está claro que, tanto para Greimas como para toda la tradición a la que pertenece, las funciones gramaticales y lógicas del lenguaje son co-extensas. La gramática es un isótopo de la lógica.” Ibidem, pág. 28

⁷ Ibidem, pág. 23.

lenguaje se extiende de la gramática a la lógica y de esta a la ciencia general del hombre y del mundo fenomenal. Porque, si bien es cierto, que esta resistencia se halla quizás más explícitamente en primer plano en la literatura que en otras manifestaciones verbales puede ser revelada en cualquier acontecimiento verbal cuando es leído textualmente.

En *Alegorías de la lectura* De Man se centra en la concepción de la lectura de Proust pero no en lo que explícitamente dice el narrador sobre la lectura, como nosotros al principio de este trabajo; sino en el análisis de la cadena semántica de un fragmento de *Por el camino de Swann* que muestra a Marcel leyendo una novela. La conclusión de De Man siguiendo a Derrida y a Deleuze es que en *Busca del tiempo perdido* es la narración de su propia deconstrucción. “En esta novela, todo significa algo diferente de lo que representa, ya sea el amor, la conciencia, la política, el arte, la sodomía o la gastronomía: siempre constituye algo diferente de lo propuesto. Puede demostrarse que el término más adecuado para designar este “algo diferente” es La Lectura. Pero al mismo tiempo se debe “entender” que esta palabra bloquea el acceso, de una vez para siempre, a un significado que, sin embargo, nunca deja de reclamar ser comprendido”.⁸

Siguiendo a De Man uno podría afirmar que la capacidad de la literatura de ironizar o de desenmascarar ideologías está basada en su resistencia a la teoría, que es en el fondo una resistencia a la lectura. Como en el caso de *En busca del tiempo perdido*, la fuerza retórica puesta en primer plano en lo literario relativiza la autoridad de lo absoluto, de lo naturalizado y por lo tanto libera al texto al libre juego creativo de los potenciales lectores.

Por eso Proust triunfa, es el triunfo de la capa retórica del lenguaje. Sin embargo en el caso de Proust su triunfo es más importante todavía porque en su obra logra una reflexión sobre la literatura y la lectura, que en principio son generalizaciones pero que logran escapar a la resistencia a la teoría porque se hacen desde lo literario.

El profesor Moran ha estudiado esta característica de la obra de Proust en varios artículos en donde afirma que la obra de Proust puede ser entendida como una “crítica de la razón ficcional”, una indagación de los límites de lo literario desde lo literario. “Proust pretende constituir una obra en la que otra forma de racionalidad, la razón ficcional, emprenda también la más difícil de sus tareas, la consideración de la narratividad en la

⁸ De Man, Paul. (1990) *Alegorías de la lectura*. Barcelona, Lumen. Pág. 92.

misma narración, de manera artística y no abstracta, es decir, no sobre la base de tesis o ideologías que explícitamente rechaza en la *Recherche*".⁹

Así la razón ficcional que Proust buscaría en su obra tendría la autoridad para examinar que es el arte, la literatura, la función del autor y la lectura. En otras palabras para determinar los límites de su saber. Claro que sería una autoridad retórica por eso siempre el examen es desde perspectivas controvertibles y sólo para llegar a conclusiones meramente hipotéticas.

⁹ Moran, J. (2001) *Proust más allá de Proust*. La Plata, La Campana. Pág. 149.